

MARIA.

¡Ah! (*Cae desmayada. Todos se acercan, ménos el doctor.*)

(*Telón rápido.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

(*Ha entrado la noche. El salón está iluminado únicamente por la luz de la chimenea. En el sofá hay un vestido blanco de novia que refleja los tintes rojos del fuego. Aparece solo el salón. Un momento después de alzado el telón, sale de su cuarto María, como si acabara de despertar, con el peinado algo descompuesto: se para en la puerta.*)

ESCENA I.

MARIA.

¿Qué me ha pasado? . . . Me parece que de larguísimo sueño despierto. . . ¡Ah! ya recuerdo. . . Pero sin duda lo he soñado. . . ¡Qué el doctor es mi padre! . . . ¿Entonces no lo fué el noble y honrado conde de Monjuich? . . . ¿Entonces soy la hija del crimen? . . . ¡Oh! nunca ¡madre mía! Siento en mi corazón que eres honrada. . . Y no fué un sueño. . . no. . . no lo fué. . . Yo debí

caer desmayada.... Al lado de mi cama, he visto, al despertar, á mi pobre doncella que dormía.... Sin duda la dejaron allí para que me cuidase.... ¿Pero mi madre en dónde está?.... Siento ruido en su gabinete.... Se oyen voces.... Ella.... sí.... La voz del doctor.... de mi padre.... No..... no es posible..... su voz hiere mi alma.... No puede ser mi padre.... no lo es.... ¡Y sin embargo mi madre lo dice!.... ¿Ella adúltera.... y yo con vida?.... ¿Puede haber más grande desdicha?....

(Todo esto lo dice la actriz, siguiendo en sus movimientos lo que va expresando, y detallándolo segun la inspire su talento.)

¿Y ese matrimonio?.... Imposible..... Yo amo á Alberto.... Mi orgullo me lo negaba.... Hoy que he visto su frialdad, quería mi vanidad que lo aborreciese.... Pero voy á perderlo.... y aquí nadie me ve.... nadie me oye.... ¡lo adoro con toda mi alma!.... Pero la vida de mi madre, su honra tal vez, dependen de mi sacrificio.... Sí, madre mía, ¡por ti soy capaz de todo!

(En este momento ve la parte del vestido que cae por detras del sofá, y la cual no está alumbrada directamente por la luz de la chimenea.)

¡Mi vestido de boda!... ¡mi sudario!... Sí...

quiero verlo.... quiero tenerlo en mis manos, como el puñal que con sus dedos crispados oprime el suicida.

(Da la vuelta al sofá para ir por su frente á tomar el vestido. En ese momento la chimenea despidе una llamarada que se proyecta en el traje blanco, como si fuera una gran mancha de sangre.)

¡Dios mío! mi traje de desposada está teñido de sangre. (*Retrocediendo y con voz hueca.*) Tengo miedo.... Madre.... madre.... ¡madre mía!....

(Cae de rodillas en medio de la sala. La condesa y el doctor salen del gabinete—éste con un quinqué—María corre á guarecerse en los brazos de la condesa.)

¡Madre!....

ESCENA II.

LA CONDESA. MARIA. EL DOCTOR.

CONDESA. (*Llevándola al sofá.*)

¿Qué tienes, María? Siéntate. (*Se sienta á su lado en el sillón.*)

MARIA.

Nada.... fué una alucinacion.... me encontré á oscuras....

DOCTOR.

María, estábamos arreglando lo relativo al enlace.... La señora condesa ha firmado una escritura por la cual cede á vd. la mitad de su fortuna, y su testamento en que le deja el resto. ¿Qué más puede desearse?

MARIA.

¡Si yo nada deseo! ¡Si nada quiero! ¡Si nada pido!.... Ella me ha dado sus besos siempre... ¡Si yo no quiero más que sus besos!

CONDESA. (*Abrazándola y besándola.*)

María.

DOCTOR.

Todo está listo para la boda.

MARIA

Y yo dispuesta.

CAMARISTA. (*Anunciando.*)

El Sr. de Pardabé.

ESCENA III.

DICHOS Y PARDABE. (*Que entra.*)

PARDABE.

Señora condesa.... Doctor.... María, ¿se siente vd. mejor?

MARIA.

Sí, señor.

DOCTOR.

María está conforme con el matrimonio, y nada podrá ya estorbarlo.

PARDABE.

Yo, como hombre precavido, al salir de aquí pasé por las dispensas. Véanlas vdes. (*Las toma el doctor.*)

DOCTOR.

Están concedidas al embajador de España en Roma.

PARDABE.

¡Je, je, je! Si ya lo soy. Y eso que ha habido un incidente en el Congreso....

CONDESA.

¿Qué pasó?

PARDABE.

Cuando ya tuve en mi poder las dispensas, me dirigí al santuario de las leyes. El ministro me esperaba, y me entregó el nombramiento de embajador, y la orden terminante de partir esta misma noche.

DOCTOR.

¡Ah! ¿ya lo tiene vd?

PARDABE.

Sí, señor. Me aseguró el ministro que nada había que temer, pues no se haría seguramente la interpelación anunciada, porque Castelar está enfermo; y que además contaba con inmensa mayoría, sin que hubiese en la minoría orador bastante elocuente para cambiar la votación.

DOCTOR.

¿Y qué pasó?

PARDABE.

Fuíme á sentar al salon de sesiones, á mi lugar que es el número 100. Como buen comerciante me gustan los números redondos. ¡Je, je, je!

CONDESA.

¿Y entonces?

PARDABE.

Comenzó la sesión. No hacía caso de lo que pasaba en el salón. Me puse á mirar hacia arriba las hermosísimas pinturas de D. Luis de la Ribera . . . y me distraje contemplando las figuras del Cid, Colón, Saavedra, Campomanes, Jovellanos, Cervantes, Herrera, Velázquez, Berruguete y Vives; y tanto me deleitaron, que decía para mí: ya tengo gusto artístico. ¡Je, je, je!

DOCTOR.

¿Pero pasaba algo extraordinario?

PARDABE.

Verá vd. Me fijé en los riquísimos muebles de palo santo de la presidencia; y aunque noté cierta agitación, me distraje otra vez calculando cuánto valdrían la mesa, la tribuna y los sillones. Yo soy comerciante ántes que todo. ¡Je, je, je!

CONDESA.

¿Y qué sucedió?

PARDABE.

Que me volví á distraer contemplando los cua-

dros de los testers: el del juramento de las Cortes de Cádiz, obra de Casado; y el de Doña María de Molina, pintura de Gisbert. Este es el que más me gusta. Ya ven vdes. que soy artista. ¡Je, je, je!

DOCTOR.

Pero la interpelación....

PARDABE.

Verán vdes.... Me ocurrió en esto una idea soberbia. Me dije: puesto que los reyes de España han acostumbrado, al entrar triunfantes en Madrid, ir primeramente á la basilica de Atocha, voy yo tambien; que mi casamiento y mi embajada, me hacen tan feliz como si fuera un rey victorioso. ¡Je, je, je!

CONDESA.

¿Y fué vd?

PARDABE.

Sí, señora. Pero al salir del salon ví á nuestro amigo Alberto que se ponía de pie....

MARIA.

¿Alberto?

PARDABE.

Sí, María; y dijo: "Pido la palabra para interpelar al ministerio."

MARIA.

¿Alberto habló hoy?

PARDABE.

Yo no lo oí; apenas me fijé, y casi no vi cuando pidió la palabra, porque salía preocupado.

MARIA. (*Aparte.*)

Alberto me ama.... ha querido echar por tierra el nombramiento de embajador de Pardabé.

CONDESA.

¿Y cuál fué el resultado?

PARDABE.

Que me entretuve en la basilica viendo el sepulcro de Castaños. ¡Cuántos nobles sentimientos se despertaron en mí! Luégo me puse á observar el mausoleo del general Prim: no lo conocía. ¡Su lecho mortuario de hierro, bronces dorados y plateados! ¡su estatua acostada que parece que duer-

me! me seducían, y me tuvieron largo rato en meditación.

DOCTOR.

¿Y volvió vd. al Congreso?

MARIA.

¿Había hablado Alberto?

PARDABE.

Volví al Congreso. De léjos ví grupos agitados en la escalinata; y me pareció que los leones del pórtico alzaban sus manos de los mundos que oprimen, y que me llamaban. Tuve entónces gran angustia. “¿Qué habrá pasado con mi embajada?” me decía. Penetré precipitadamente en el salon; un estrépito estruendoso saludaba las últimas palabras de Alberto. Había hablado tres horas. Había arrebatado al público, y á los mismos diputados que de sus bancos se levantaban á felicitarlo y abrazarlo. Yo me quedé como clavado en mi número 100.

DOCTOR.

¿Y el ministro qué contestó?

PARDABE.

Nada. Pasó como media hora de murmullos y

agitacion: yo estaba fuera de este mundo. Llegó al fin el subsecretario de Estado, y dijo en nombre del Rey, que vista la oposicion del Congreso, se retiraba el Concordato, y que esta misma noche saldría un embajador á arreglar con Su Santidad uno nuevo, bajo bases de libertad y respeto á las regalías españolas.

MARIA.

¿Y Alberto?

PARDABE.

No sé. Me apresuré á salir para violentar el matrimonio, pues debo partir esta misma noche, segun dijo el subsecretario.

DOCTOR. (*Aparte.*)

Malo, malo.

MARIA. (*Aparte.*)

¡Para qué soñar, si es imposible!

CONDESA.

Pero no teniendo vd. las ideas que hoy han triunfado en el Congreso....

PARDABE.

Eso no importa. Yo soy el embajador. Pero quisiera me permitiesen vdes. el que hable algunos instantes á solas con mi prometida. Me vino cierta idea en Atocha, y tengo que decirle algunas palabras. Soy de fiar, señora condesa. ¡Je, je, je!

CONDESA.

Nos retiramos. (*Se va con el doctor al gabinete.*)

ESCENA IV.

MARIA. PARDABE.

(*María queda en el sofá, y manifiesta desde el principio frío desden.—Pardabé se sienta junto en el sillón, y se muestra mortificado, como quien no sabe qué decir.—Después de un momento de silencio se decide á hablar.*)

PARDABE.

Señorita: esta tarde, cuando estaba en Atocha, recordé que niño me trajeron mis padres á Madrid por la primera vez, y me llevaron á ese templo. Eramos pobres, muy pobres; pero muy felices.

ces. La vida de mi padre era el trabajo: la de mi madre el amor. Y amor y trabajo unidos, ¿qué otra cosa pueden producir sino la felicidad? Yo también era feliz: ¡felices los hijos que nacieron de padres honrados!

MARIA. (*Ahoga un gemido.*)

¡Ah!

PARDABE. (*Con cariñoso entusiasmo.*)

Mi madre, que era blanca como la leche y buena como la miel, me decía: “yo tengo esperanza en tu porvenir, hijo mío. ¡Bienaventurados los que esperan!”

MARIA.

Es verdad, es verdad. Cuando todo parece perderse, aún vive la esperanza. ¡Bienaventurados los que esperan!

PARDABE.

Espera en Dios, hijo mío, continuaba mi madre, y no olvides que los dos elementos que constituyen la sólida felicidad de nuestra familia, son el trabajo y el amor. Procura unirlos en la vida; pero ten presente que el trabajo es cosa que depende exclusivamente de tí; que si tú quieres trabajar; y que en tu trabajo, engaño no puede ca-

ber; mientras que el amor depende del corazón de una mujer que pudiera engañarte. Hablaba bien mi madre ¿eh? ¡Je, je, je!

MARIA.

Las madres siempre hablan bien, porque no conocen más idioma que el del corazón.

PARDABE.

Pues hoy en Atocha recordaba á mi madre, y me parecía que bajaba del cielo para hablar conmigo. Yo le decía: "Madre mía, se acerca ya el instante deseado de la felicidad de tu hijo. He empleado mi vida en el trabajo, y el trabajo me ha dado una posición respetable. Y hoy úno al trabajo el amor. Voy á casarme con la jóven más bella, más elegante, más buena de la coronada villa. Yo soy un palurdo, porque nací en toscos pañales. Yo soy un ignorante, porque, trabajando siempre, no he tenido tiempo para la ociosidad de aprender. Yo no soy ni elegante ni buen mozo, porque la naturaleza no ha cuidado de la pasta del libro; pero el libro es bueno, pues tengo corazón y en él cariño sincero. Y luego, María es un ángel: ella será mi guía en el mundo: es bella por los dos; tiene instrucción y talento por los dos;

es elegante, fina y noble por los dos. Ella mandará y yo seré su esclavo. Y seremos felices, muy felices. Bien me decías, madre: ¡bienaventurados los que esperan!"

(Pardabé queda un momento como ensimismado, y su figura vulgar irradia iluminada por un sublime amor filial. María, cuya conóción ha ido aumentando con las palabras de Pardabé, cae en triste abatimiento.)

MARIA. (*Aparte.*)

No es mi desgracia tan grande, pues su corazón es noble.... pero sí lo es.... que amo á Alberto con todo mi corazón.... Voy á perderlo.... y sin embargo, espero.... (*Alto, sin darse razón de que la oyen.*) Sí, es cierto; "bienaventurados los que esperan."

PARDABE.

¿Verdad que sí, María?

MARIA.

Sí.... señor....

PARDABE. (*Se levanta, y con cierta inquietud se pasea.*)

María, solamente me falta saber si vd. puede

amarme, y para ello quiero que me abra vd. su corazon todo entero.

MARIA. (*Aparte.*)

Es mi padre.... y lo manda.... La honra de mi madre tal vez lo exige.... ¡Y sé yo acaso si Alberto me ama!.... ¡Ah! Pardabé dice: "bienaventurados los que esperan".... y mi corazon me grita: "desgraciados mil veces los que tienen que vivir del sacrificio."

(Pardabé se ha parado meditabundo. María ha caído en profundo abatimiento.—Pausa.)

PARDABE.

¿Y bien, qué me contesta vd?

MARIA.

Señor de Pardabé, seré una esposa digna de su honrado carácter.

PARDABE.

¿Conque triunfo? ¡Qué feliz soy! ¡Je, je, je, je!

ESCENA V.

DICHOS Y EL DOCTOR. (*Este entra alterado.*)

DOCTOR.

Sr. de Pardabé....

PARDABE.

Seremos muy felices. ¡Je, je, je!

DOCTOR.

Hay malas noticias....

PARDABE.

María ya no se opone.

MARIA.

¿Qué pasa?

DOCTOR.

Ese maldito discurso.... Se dice que habrá crisis.

PARDABE.

Dentro de una hora nos casaremos.

DOCTOR.

La embajada de vd. . . . No doy por ella dos cuartos.

PARDABE.

¿Mi embajada? . . . Pero si María tiene que ser embajadora . . . ¿Y si la pierdo, María?

MARIA. (*Con resignacion sublime.*)

¿Qué importa la embajada? Embajador ó no, me caso con vd.

PARDABE.

¿Vé vd. cuánta dicha, doctor? Al fin, la embajada no sirve para nada. ¡Je, je, je!

DOCTOR.

Pero si hay crisis . . . Vd. me ha ofrecido la direccion de un hospital . . . y no siendo embajador . . .

PARDABE.

No importa: compraremos el empleo.

DOCTOR.

Pero es preciso que no haya obstáculos para el casamiento de vd. y María.

PARDABE.

Ya la ha oído vd.: se casará conmigo, aun cuando pierda la embajada.

MARIA. (*Con voz seca.*)

Sí.

PARDABE.

Es un ángel.

DOCTOR.

Bien: María está conforme; pero la señora condesa . . . Conozco su altivez: no consentirá en el matrimonio, si no es vd. embajador: no querrá dar la mano de su hija á un simple comerciante en azúcares.

PARDABE.

Pero honrado.

DOCTOR.

Pero comerciante en azúcares.

MARIA. (*Aparte.*)

¡Cuánto sufro!

DOCTOR.

Ademas, sabe vd. que mi honra depende de este enlace.

MARIA. (*Aparte.*)

¡Qué es esto, Dios mío!

DOCTOR.

Sabe vd. que tenía yo algunas deudas, y que, para pagarlas, tomé doscientos mil reales en calidad de depósito bajo la firma de vd.

MARIA. (*Aparte.*)

¡Cielo santo!

PARDABE.

Poco á poco, mi querido doctor. En cuestion de negocios, yo soy comerciante ántes que todo, y me gusta poner los puntos sobre las is. ¡Je, je, je! Dice mi fianza que pagaré los doscientos mil reales tan pronto como se verifique mi enlace con la señorita: si no se verifica, nada tengo que pagar. Es como en una compra de azúcares, si no se lleva á cabo la compra, no hay corretaje.

MARIA. (*Ahoga un gemido.*)

¡Ah!

PARDABE.

Perdone vd., María: no quiero hacer comparaciones respecto de vd. Vd. vale para mí más que todos los tesoros del mundo, y mi caudal no sería suficiente para comprar, ya no una mirada de vd., pero ni un gesto de su desden supremo. Me refie-

ro al doctor: él ha arreglado el matrimonio, y le pago su corretaje. No hay matrimonio, pues entónces no hay nada de lo dicho.

MARIA. (*Aparte.*)

¡Mi padre me vendía! ¡Ay! ¡Y este hombre es mi padre!

DOCTOR.

Por eso quiero que vayamos á ver cómo se arregla lo de la embajada y lo del matrimonio. Si vd. no se casa, no paga la fianza; me exigirán el depósito, no podré entregarlo, y una prision....

PARDABE.

Amigo, en materia de negocios soy intransigente.

DOCTOR.

Pero vamos.... es preciso ver....

PARDABE.

Vamos. Vuelvo, María. (*El doctor se ha apresurado á salir, y Pardabé se detiene á decir á María:*) Ha sorprendido vd. una infamia; pero la infamia es del doctor. Despréciole vd. á él; pero no á mí. Yo no tengo para vd. sino la más respetuosa adoracion.

DOCTOR.

Sr. de Pardabé.

PARDABE.

Voy.—¿Qué no hubiera yo hecho por alcanzar el tesoro del amor de vd? ¿Ha podido vd. abrigar alguna mala idea de mí?

MARIA.

No, señor.... Vd. es noble y bueno.... otros son los infames....

PARDABE.

Vuelvo.

MARIA.

Adios.

(Se va Pardabé. María se deja caer en un sillón, manifestando un dolor inmenso.)

ESCENA VI.

MARIA. (*Sola.*)

¡Qué horrorosa revelacion! ¡El mi padre!.... Tengo vergüenza..... Y en medio de pena tan

grande, yo no puedo tener ningun consuelo.... ¡Todo es imposible para mí!.... Porque yo amo á Alberto con toda el alma.... Y él me ama.... sí.... no puede ménos de amarme.... Si lo he leído en sus ojos.... y los ojos son ventanas por donde se sale el alma.... ¿Por qué ha hablado en el Congreso, sino para echar por tierra la embajada del Sr. de Pardabé, y hacer imposible el matrimonio?... Sí, me ama.... ¡El!

ESCENA VII.

MARIA. ALBERTO. (*Este entra pálido y triste. Ambos se turban.*)

MARIA.

Alberto....

ALBERTO.

María, vengo á despedirme de vdes. para siempre. Esta noche parto.

MARIA.

¿Esta noche? ¿Para dónde?

ALBERTO.

No lo sé aún. Hoy en el Congreso. . . .

MARIA.

Ya sé que habló vd., y que fué muy aplaudido.

ALBERTO.

Sí, María. Temor muy natural en quien comienza la carrera política, me había contenido hasta hoy; pero ví que la presión del gobierno había hecho enmudecer á los diputados, y que se iban á atar las libertades españolas en las columnas del pórtico de San Pedro de Roma. Ardiente amor patrio encendió mi corazón. Febril entusiasmo me puso de pie. Sin darme cuenta exacta de lo que decía, inspirado por el bien y por los sentimientos nobles que aún no han muerto en España, hablé con la voz del alma; y cuando estruendosa salva de aplausos coronó mis palabras, sentí como una catarata que se despeñaba del cielo sobre mi frente. Estaba yo satisfecho. No fué el orgullo de la victoria: fué el santo consuelo del hombre que cumple con su deber. Sí: yo debo pertenecer todo entero á mi patria. ¡Para ella todos mis pensamientos, para ella todas mis palabras, para ella todos los instantes de mi existencia!

MARIA.

Alberto, ¿qué pasa en el alma de vd?: su voz es lúgubre.

ALBERTO.

Era mi alma horizonte lleno de luz y de armonía: había amanecido con la tibia luz de la aurora, y me parecía ya sentir el incendio del ardiente sol del medio día. . . . Y de repente, el sol se eclipsó, se apagó la luz, y me he encontrado rodeado de frías y espantosas tinieblas. ¿Para qué quiero ya la vida?

MARIA.

Me asusta vd. Dios concede siempre sus consuelos á los que sufren.

ALBERTO.

Sí: yo el huérfano, yo el paria, yo el abandonado, he encontrado mi consuelo en los brazos de una madre, la patria. Hermosa madre, que se nos presenta adornada de inmortales coronas. Matrona desgraciada que tiene en los ojos lágrimas imborrables. Madre tierna que nos rodea incessantemente mientras vivimos; y que, por no separarse nunca de nosotros, cuando morimos, abre su seno para guardarnos en sus mismas entrañas.

Sí, María: aún puedo ser feliz con el amor de mi patria Y sin embargo, voy á huírla La posicion inesperada que por mi discurso he alcanzado hoy en la política, me autorizó á pedir al nuevo ministro que me hiciese salir esta noche para el extranjero, y me lo ha ofrecido ¿Adónde voy? No lo sé. ¿Sé yo acaso adónde voy ya en el camino de la vida? (*Viendo el vestido blanco.*) ¿Pero qué es esto, María? ¡Ah! ¡El blanco traje de desposada!

MARIA.

¡Blanco como la losa de mármol de un sepulcro!

ALBERTO.

Pero tambien las palabras de vd. son lúgubres y espantan.

MARIA.

Soy muy desgraciada.

ALBERTO.

¿Vd. desgraciada: y le sonrío la fortuna: bella, rica, noble y buena; y sobre todo, teniendo una madre como la madre de vd? Pero qué digo: basta decir teniendo una madre. ¿Qué lágrimas pueden quemar el rostro, si una madre las seca con sus besos?

MARIA. (*Con exaltacion.*)

¡Madre mía!

ESCENA VIII.

DICHOS, Y LA CONDESA. (*Que sale de su gabinete.*)

ALBERTO.

Señora.

CONDESA.

Hijos míos, me alegro de encontrar á los dos: es preciso que hablemos.

(*Se sienta la condesa en el sofá; María á su lado en el sillón; Alberto en el sillón del otro lado de la escena.*)

Hoy debe casarse María: vd. lo sabía ántes de ir al Congreso. Dígame vd., Alberto: ¿no pensó vd., al atacar al ministerio, en la embajada de Pardabé?

ALBERTO.

Pensaba en la patria, señora. Y sin embargo, veo que vd. conoce que ámo á María.

MARIA. (*Aparte, y ahogando un gemido.*)

¡Ah!

CONDESA.

Yo, no pudiendo oponerme á su matrimonio, he consentido... pero si ha de ser la desgracia de los dos séres que más ámo en la tierra.... me opondré... sí, me opondré... Porque á vd., Alberto, lo he querido como si fuese mi hijo. Me había acostumbrado á la idea de verlo unido á María. Soñaba en no sé qué inmensa ventura, á cuya luz iba á guarecer mis últimos años. ¡Yo pensaba irles á pedir entónces un pedazo de su cielo!

ALBERTO.

Pero si vd. no quiere....

CONDESA.

Voy á revelarles á vd. nuestro secreto.

MARIA.

Calla, madre.

CONDESA.

Debo hacerlo. El doctor es el padre de María.

ALBERTO.

¿El doctor?....

CONDESA.

¡Ah! pero él necesita mi consentimiento. Me lo arrancó en el primer momento; mas ahora que conozco el amor de vd., Alberto, encontraré medio de retirarlo. Acaso la embajada.... Mi palabra está empeñada con el embajador, y si Pardabé no lo es....

ALBERTO.

Es muy probable que le hayan retirado el nombramiento. Ha caído el Ministerio, y el nuevo ministro nos ha ofrecido seguir una política liberal. Vengo de hablar con él. Creyendo perdida para mí á María, fuí á pedirle que me diese cualquier nombramiento para el extranjero.

MARIA. (*Resuelta y triste.*)

Parta vd. Pardabé, embajador ó no, será mi marido. Se lo he ofrecido.

ALBERTO.

¡Ah! vd. no me áma.

MARIA.

¡Con toda mi alma! ¡Si era el único pensamiento que llenaba mi cerebro! ¡Si era el único deseo

que llenaba mi pecho! ¡Si era la única esperanza que llenaba mi vida!

CONDESA.

¿Entonces, María?....

MARIA.

Es preciso que me case con Pardabé.

ALBERTO.

¿Pero va vd. á sacrificar su vida toda? Y si quiere vd. hacerlo, ¿tiene acaso derecho para sacrificar la mía? Hoy que veo abierto un porvenir tan hermoso, ¿por qué quiere vd. cubrirlo con negra nube? ¿Para qué dijo vd. que me amaba? Morir luchando con la tempestad, en medio de los mares, es una muerte que comprendo; pero morir cuando en el horizonte se dibuja el puerto, ¡eso debe ser horrible!

CONDESA.

Hija mía, reflexiona.

MARIA.

Perdóneme vd., Alberto: he dado mi palabra.

CONDESA.

Pero tú no ámas á Pardabé.

ALBERTO.

Y vd. me áma.

CONDESA.

Y casada, ¿qué harás de este amor?

MARIA.

Me arrancaré el corazon; pero seré honrada.

(La actriz, comprendiendo la situacion de María, interpretará con su talento la expresion de las frases.)

ALBERTO.

Señora.... María.... adios para siempre.

CONDESA.

Ha ofrecido vd. ser testigo....

ALBERTO. (*Yéndose.*)

Vendré. (*Aparte.*) ¿Por qué espero todavía?

MARIA. (*Aparte.*)

¡Y no se muere mi esperanza! [*A la condesa, y arrojándose en sus brazos al desaparecer Alberto.*]

¡Madre del alma!

ESCENA IX.

LA CONDESA. MARIA.

CONDESA. (*Acariciando y besando á Maria.*)

Pensemos con calma en la situacion en que te encuentras.

MARIA.

Bésemi vd., ¡madre mia! bésemi vd. Todavía me queda mi madre en el mundo.

CONDESA.

¡Desventurada!

MARIA.

Ya sé lo que me va vd. á decir. Ya sé que para vd. mi felicidad es ántes que todo. Mas yo he ofrecido solemnemente mi mano; y muerta, la sacaré de la tumba, y la extenderé hacia el altar.

CONDESA.

Pero Pardabé no es el hombre que el cielo ha podido destinar para tí.

MARIA.

El Sr. de Pardabé es un hombre noble y hon-

rado. No es tan espantosa mi desgracia, puesto que no estaré obligada á despreciar á mi marido.

CONDESA.

Alberto será muy desdichado.

MARIA.

Lo seremos los dos.

CONDESA.

¡La vida de vdes. será un calvario!

MARIA.

¿Y no se llama á la tierra valle de lágrimas!

CONDESA.

Pero esto es imposible.

MARIA.

Imposible es ser feliz en el mundo.

CONDESA.

Es verdad.

(Dice esto con abatimiento, dejando caer la cabeza. María se queda con los ojos fijos, como si estuviera su alma fuera de la tierra.)

CONDESA. (*Reponiéndose.*)

Es necesario que causa más poderosa te obligue.
Si Pardabé es noble, te devolverá tu palabra.

MARIA.

Mi padre....

CONDESA.

Cederá. No es padre quien sacrifica á sus hijos.

MARIA.

Los hijos no pueden juzgar á sus padres.

CONDESA.

Yo le haré ceder.

MARIA.

¿Y vd., madre mía? Un escándalo promovido
por mi padre, al ver destruidos sus planes, po-
dría aclarar....

CONDESA.

¿Qué?

MARIA.

No me atrevo á decirlo....

CONDESA.

Dilo.

MARIA.

Perdon, madre mía.... que vd. había faltado
á su esposo....

CONDESA.

¿Adúltera yo?

MARIA.

Entónces estoy loca....

CONDESA.

Antes la santa memoria de mi marido.... Ma-
ría.... yo no soy tu madre....

(La Condesa dice esto alzando la frente; pero dejando
caer los brazos. María sé queda como estatua, y lanza un
gemido.)

MARIA.

¡¡¡ Ah!!!

(Telon rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.